

La ballena blanca 1.3, Buenos Aires, diciembre 1997

AVANCES

DIARIO DE UN MISÓGINO

Pablo Ingberg

Me había prometido no contar. Una novela de nada. *Mais, Madame Néant* no soy yo. Y sin embargo, noto con embargo que esto cada vez va transformándose más en un *Diario* y menos en *de un misógino*. Volveré y seré misógino. Por ahora, la catarsis literata. Es que hay momentos en que el voto de silencio estalla dentro de la urna. La granada terrorista dentro del tanque. Y la palabra alivia. No la palabra en sí, sino el acto de emitirla, de expulsar esa granada que está estallando dentro sin cesar. Entonces, al cesar lo que es del cesar. Con mi tía, durante años mi oreja número uno, no puedo, obviamente, hablar de la angustia que me produce su inminente ausencia. Julito es mi asesor letrado, demasiado tierno cuando no se trata de letras. Cuántas veces ha sabido escucharme, de misoginia, de religión, de lecturas, de viajes, de anécdotas, pero no sé, me da un algo participarle este dolor. Guillo tiene *will* y tiene oreja, pero su agenda, entre el banco, alumnos de inglés con horario inestable, su práctica familiar casi esotérica y su manifiesta extranjería del orden, es un laberinto de Creta para el que no hay Ariadna. Ariadna es él, ése es su encanto. Cada vez que lo veo son tantos los ovillos que quiero desovillar que el tiempo nunca alcanza. Con Tonio hablamos de ideas, no de hechos. Él es el laberinto, el laberinto de las ideas donde el facto se pierde sin eco, *alea facta est*. A la esgrimista no podría hablarle sin escudo, desde la debilidad. Todos ellos, además, me doy cuenta al avanzar en esta especie de inventario (Dios los cría y el inventario los amontona), han padecido la parca intempestiva de algún progenitor. Pero el caso más significativo es Daniel, a él lo conocí en el campo de batalla, fuimos hermanos en la sangre. Hoy quise. Imposible. No puedo ni mencionarle lo de mi tía, se le llenan los ojos de lágrimas. Ay Danielito, *ara us prec, per aquella dolor*. En la primaria tuve un compañero de apellido Arnaud. Por eso, lo único que me llamó la atención cuando Daniel me dijo el suyo fue la coincidencia con el de aquel compañero. Años me resistí a leer el libro de cabecera de mi viejo, la *Commedia*. Y cuando nos conocimos con mi compadre Daniel, en el purgatorio hospitalario tan poco hospitalario, todavía no me había llegado el momento. Cuando me llegó, Dios los cría y el viento los amontona (dicho dilecto de mi tía), comprendí que los nombres nos habían señalado. Tengo mis razones para ser nominalista. Su padre y mi madre agonizaban en salas contiguas del mismo hospital a causa de la misma innombrable. Y ya.

4 de miércoles

Pasando junto a la ventana de un cafetín, veo sentado a un antiguo compañero de la facultad. Tantos años. En general, cuando una cara del pasado se me aparece de pronto, evito el cruce de miradas y, siempre que me es posible, me escabullo. Me parten la paciencia esas preguntas del caso, ese resumen obligatorio de lo que uno ha hecho y dejado de hacer en los últimos diez años y/o está haciendo ahora, trabajo, esposa, hijos. Pero a este muchacho, Esteban, le tenía un cierto afecto. Uno de los pocos en toda la carrera con quien acepté reunirme a estudiar algunas veces. Fue, además, el que me pasó mi primera changa. Así que entré al bar, le di un abrazo, y me senté. El lapso de un café y un par de cigarrillos. Lo encontré sumido en un cuaderno salpicado de caracteres chinos. De modo que pudimos charlar de eso y no hizo falta caer en la anécdota. La cuestión es que, ideograma va

ideograma viene, me muestra el de “tranquilidad”. ¿Ves?, me dice, es una casa con una mujer adentro. Caramba, contesté, ¿eso es tranquilidad para un chino? Con razón yo no puedo aprender esa lengua. Yo aprendí griego, escuchá lo que escribió Semónides de Amorgo. Y le recité mi lema, jamás tranquilo un día entero el que convive con mujer. O a lo mejor tranquilidad es la mujer sola dentro de la casa, y el hombre fuera. A esa altura ya apagaba mi segundo cigarrillo, y procedí a retirarme tras el segundo abrazo. No me prometió estudiar griego porque, la verdad, el chino le interesaba más que nada por lo que tiene de dibujo. Cuidado con el mensaje subliminal, le dije antes de salir otra vez a la calle, mientras él se quedaba dentro de su ideograma.

07-03-93

El día menos pensado. Hace unos años, me acordaba esta tarde, había ido a ver *La caída de los dioses* de Visconti. Al día siguiente se lo comento a un amigo de por aquel entonces. ¿Es cierto, me preguntó al instante con los ojos saltándosele de excitación, que hay un grupo de militares *gay* y que una noche los matan a todos? Esa era la nota importante de la película, antología sectaria, jibarización, idio-lecto. Gonzalo, me acuerdo bis, me contó una vez que un su amigo consideraba que ese poema de Cavafis en que se envidia a un espejo el haber reflejado fugazmente la belleza de un joven era la cumbre de toda poesía. Jibarización bis. En Cavafis (quien para mí, junto con Eliot y Pessoa, forma la profanísima trinidad de la poesía siglo veinte, el resto a lo sumo coro de ángeles), en Cavafis hay la lectura personal de toda una tradición, incluso de *esa* tradición, *eso* forma parte de su propia lectura de la tradición. Su poema no habla de la homosexualidad, habla de la belleza, de la fugacidad. No fue un gran poeta porque era homosexual, o porque no lo haya disimulado en sus versos. Es un gran poeta porque está más allá de la anécdota. Su único sectarismo, en todo caso, fue la aristocracia de la exquisitez, lo contrario de la jibarización.

08-03-93, 22.55

Mensaje de la esgrimista (otra resurrecta vacacional) en el contestador: llamáme si querés, yo estaré sufriendo un ataque de angustia. La frase no es mía, aclara, se la robé a Woody Allen (quien ha tenido una *idishe mame* cuenta con un punto a su favor para comprender una frase como ésa). La llamé (a la esgrimista, claro, y no atendiste Tú el teléfono) y le pregunté de qué película era, porque no me acordaba. Y de cuál iba a ser: de *Sueños de un seductor* (ella, más *comm' il faut*, me dijo el título en inglés, pero ya volví a olvidármelo). Entonces le expliqué mi ecuación, que Woody en *Sueños*, pretendiendo ser Humphrey en *Casablanca*, viene a ser un Quijote que pretende ser Amadís. Las novelas de caballería del Eros, ya que no Ares, siglo veinte. Se queja don Quijote de que ya no hay para proezas en tiempos de pólvora. La diferencia entre un combate cuerpo a cuerpo en que triunfa el *áristos*, y el reptil oculto que asesina a distancia. ¿Y en tiempos de guerra de masas, de números, de estadísticas? ¿Y en tiempos de guerra tecnológica? Ya no hay ni para bélica parodia, sólo para horror, pero horror estadístico. Hoy en día el discurso de Alonso Quijano no versaría sobre las armas o las letras sino sobre el amor o el número. Entonces el amor romántico, que perdura en la literatura, en el cine, no en nuestro número cotidiano, está ahí con su héroe Humphrey, por ejemplo, para que un Woody Quijano se lo ponga creyéndolo yelmo cuando no es más que una escupidera.

Me quedé pensando. Hipótesis de trabajo: el amor ha muerto. Escribir una novela al modo de Fellini en *Los payasos*, su encuesta sobre la muerte del payaso. Supongamos: el amor tal como lo entendía y vivía la generación de nuestros abuelos, quizá la de nuestros padres, ha muerto. Supongamos: el amor libre, los sesenta, mató el amor (¿el amor es prisión, no libertad?). Supongamos: Catulo (no mi gato, indocto en latines) escribía letras de tango quejándose de que su

Lesbia lo abandonaba y maltrataba. Ovidio era literato, quería escribir y necesitaba un tema, entonces se dijo: inventemos el amor, lindo tema; y así inventó y escribió y se rió y todavía hay quienes se lo toman en serio. Y Platón, para quien el amor es una bisagra para sostener la puerta del bien y del conocimiento. Y el invento renacentista del amor platónico, tal que si Platón de veras se reencarnara se moriría de risa o de espanto, la meta en psicosis. Y qué piensa usted, abuelo. ¿Y vos, Lolita? Encuestar, encuestar. La estadística imposible, una novela posible.

10-03-93

Días de hospital.

* * *

Abril es el mes más cruel, entierra
tías en la tierra muerta.

* * *

Al fin solo.

El desapego budista, la ataraxia estoica y epicúrea. Para qué amar a alguien si a la larga habremos de perderlo. Lo mejor es estar solo, solo, solo. No amar.

Ya estoy solo. No tengo lazos familiares. Soy libre. Estoy libre de causas de dolor.
No, todavía me quedo yo.

Imbécil, las muertes van al final, no en el medio. Esto tiene que acabarse.

* * *

Néstor me pide por carta, bendita sea la oportunidad, la correcta traducción de unas célebres palabras de Píndaro. El hombre es la sombra de un sueño. El hombre es el sueño de una sombra. Ambas son bellas, pero la segunda es la correcta, y la mejor.

Tendría que irme a Chile, o a la China, o a la Cochinchina, o a Ascochinga, pero irme.

Biopsia: visión de la vida.

Autopsia: visión de sí mismo.

Necropsia: visión del muerto, ver a un muerto, aparición, fantasma.

(Esto parece un cuento clásico: introducción, nudo en la garganta y desenlace si todavía no se ahorcó.)

Soy misógino.

La mujer es la sombra del sueño.

Necrofilia: amor al muerto, duelo (me duelo, me duelo, me duelo, duelo de titanes adentro).

¿Eutanasia? ¿Pero existe un buen morir?

Cacotanasia: la mierda de morir.

Todo lo que amo desaparece en el aire.

Basta. De esto tampoco se habla. O se habla, pero no se escribe.

Hemograma: escrito con sangre (la letra con sangre entra, la letra con sangre sale).

acabóse abril
por decreto

Cuando uno está mirando con ternura, por decirlo de algún modo, a una doncella de digamos diecisiete, y de pronto ella se acerca y le pregunta: señor, ¿me diría la hora?, entonces se le impone la rigurosa evidencia: aunque la mente no se mueva sino a saltos en su laberinto acrónico, la cronología existe para el cuerpo (y para el reloj que, después de todo, era lo único que le interesaba de vos a la muchacha).

abrilés que no volverán
(abrilés, y que no vuelvan)

La vida es un relato, uno está siempre esperando que suceda algo.

Para qué el suceso, si lo hermoso es soñarlo.

(Suceso. Ni galicismo ni anglicismo en este caso: hechos.)

Si el Autor es grande, nunca acaecerá el suceso esperado. La tensión, la fuente del seguir leyendo, radica en la permanente decepción a medias, no del todo, siempre la posibilidad abierta de seguir esperando. La vida es una histérica.

(Releo. Repienso. Horror. Esto es de otra época. Sucesos recientes. Hechos. Hechos carne. Para qué el sueño si lo horroroso es vivirlo)

primeros de mayo
cuánto trabajo

Una frase de Néstor Verlaine: Ah, si la juventud supiera, si la vejez pudiera.

23.30
noche despedida

Un velo de nubes para el Aconcagua. No se ve, se sospecha.

a tus pies

Aquel ejemplo de extrañamiento, si no recuerdo mal de Shklovski tomado de Tolstoi, el cuarto cotidiano de pronto ante nuestros ojos con su disposición alterada. Mi casa, al volver de unos días de ausencia, aunque con las mismas cosas que durante años he acumulado, diseñado y dispuesto, no me resulta familiar en una primera impresión. Un lugar no es nuestro lugar si no nos incluye. De vuelta en casa, acasándola de nuevo con mi presencia. Siempre la misma sensación después de un viaje.

Toda cucaracha que camina va a parar a las garras de Catulo. Cada vez que alguna se atrevió a incursionar en mi casa, Catulo dio inmediata cuenta de ella, goce de él. Con la cuenta parca de su linaje, batallando y jugueteando hasta dejarla exhausta, haciéndola luego crujir entre el cerco de sus dientes como una golosina de la vida.

Encuentro carta del tío *beatnik*. Me hizo recordar sus historias de la Nueva York sesentista, la fiesta permanente. Una función del *Living Theatre* en que terminaban cogiendo actores y público, así, literales. Impensable en tiempos de SIDA, acoté. Ese día estábamos en casa, y justo llegó Daniel. El tío saludó y se fue sin decir por qué sin decir por qué. Eso es una canción que me asaltó de pronto desde mi niñez provinciana, pero no tiene ninguna otra aplicación en este caso, porque el tío estaba por irse de todos modos, aunque uno nunca sabe. La cosa es que le repetí a Daniel la historia teatral, dramática. Comenzó por no decir palabra, pero su mirada lo decía todo. Una aclaración necesaria: Daniel no tiene ojos paralelos al horizonte; hacia el este y el oeste de su cara, sus paralelos oculares se inclinan levemente hacia el sur desafiando el equilibrio, una mirada entre tierna y melancólica. Pero en ese momento algo comenzó a dar revoluciones en los globos terráqueos de su mirar. Yo, que jamás me formo opinión moral de lo que otros dicen o hacen, en tanto no implique mi propia participación con otra cosa que con el oído, creí encontrar de pronto un juicio en las niñas agitadas de sus ojos y en su casi balbuceo que no llegaba a llamarse frase. En el fondo sos un muchacho de barrio, le dije con todo el afecto, un muchacho de barrio cosmopolita, capaz de tomar mate con criollitas y caviar, caviar sí, pero no vayan a sacarte el mate. Se sonrió, y el tironeo centrífugo de sus labios hacia el ecuador de su cara le levantó los pómulos y paralelizó sus ojos, paralizó su revolución. Es verdad, me contestó, tanto como decir que vos sos un muchacho de pueblo. Y nos dimos la mano, ambos orgullosos de las marcas de origen. Pero no es eso en este caso, siguió, es que me parece que habla de un estado de destrucción inminente, me da como una especie de angustia ajena. Sí, le contesté, si me lo tomo en serio a mí me da algo parecido, lo que pasa es que yo lo escucho como si leyera en un libro que Napoleón pasaba frío en Rusia, algo que sucedió en la historia y cuyos efectos remotos me estarán alcanzando de algún modo, pero tan remoto que no me salta a la vista, o a la angustia. Es una expedición al conocimiento, nunca es malo saber lo que pasó. Y seguimos el mate sin caviar, pero yo me estaba acordando del tío, no de Daniel.

Una noche en que interrumpimos la caminata para tomar un café, recuerdo muy bien eso porque cuando le dije lo que le dije estábamos sentados frente a frente y yo lo miraba a la cara, le confesé en pocas palabras cuál había sido el momento más feliz de mi vida: una madrugada me desperté mientras soñaba que me cogía a mi mamá, estábamos en el baño de la casa de mi niñez, yo era niño, se escuchaban voces, y nosotros ahí, entre paredes de azulejo blanco, y me desperté en el paraíso de la erección, con todas las sensaciones físicas de estar dentro, tan frescas, húmedas, cálidas, y estaba muy excitado y feliz, y me masturbé feliz, y volví a dormirme en el colmo de la felicidad. Sus ojos se cerraron, dice el tango, pero los del tío se abrieron hasta la redondez. Tardó unos largos segundos en hablar. ¿Y no te dio culpa?, preguntó finalmente. Para nada, le contesté, quizás porque mamá estaba muerta y no tenía que mirarla a la cara al levantarme. Ser huérfano tiene sus ventajas. Entonces sí, sus ojos se cerraron.

Algunos sueños parecen cumplirse. Aceptaron mi proyecto para una librería en forma de laberinto. Así dicho puede no sonar muy verosímil, sin embargo hay un doble argumento que lo resume todo: un laberinto imaginado por el hombre es un falso laberinto, y nunca se sale de él sin haber pagado. En vulgar nada vulgar: todos los caminos conducen a la caja; o bien: al final estará Minos para cobrar todas las cuentas. La cuestión es que debería estar terminada para diciembre, y hay buena plata de por medio. Ya se sabe, todo medio lleva a un fin.

23.10

Con Julito recobrado celebramos mi regreso y el laberinto. Lo hicimos hablando en lenguas maternas. Sofía, por ejemplo, me dice, tiene unos divinos dienteitos de ratón. ¿Podría un hablante no nativo, más que distinguir, sentir la infinita diferencia entre decir dientes de ratón y dientes de rata? ¿Y cómo explicar esa diferencia? Es decir, se podría explicar, pero no se trata de explicaciones sino de sentimientos. Y acaso, colaboro, incluso para vos que hablás el inglés muchísimo mejor que yo, ¿sería lo mismo decir te amo que decir *I love you*, tendría el mismo peso? Sin duda que no, dijo, decir *I love you* me cuesta casi el mismo esfuerzo que decir déme un chocolatín, en cambio para que fuera capaz de soltar un te amo tendría que producirse un sismo mundial. De todos modos, seguí, me parece que no es una cuestión simplemente entre distintos idiomas, la lengua materna es incluso un mundo particular dentro del idioma. Fijáte que vos dijiste chocolatín, y a mí no me llamó demasiado la atención porque nació igual que vos en un pueblo y hace varios años, algunos más en mi caso que en el tuyo, debo reconocer; sin embargo yo no recuerdo haber escuchado jamás esa palabra en Buenos Aires. ¿Y para vos sería lo mismo decir coño que decir concha? Sabés que quieren decir lo mismo, o mejor dicho significan lo mismo, pero a vos te quieren decir cada una algo distinto. Si decís concha la sangre te corre de otro modo, llámese vergüenza, pudor, excitación. (A mí mismo, presente de la escritura, me cuesta más escribirla acá que decírsela a Julito en confianza.) ¿Cómo se explica? La concha materna. Que no es la misma, o sí, que aquella en la que Venus surge de las aguas.

La recuperación de Julito, digo, nuestro reencuentro, la reencarnación de nuestra vieja amistad, tuvo algo de cierta causa secreta que decidí con buen tino callar en su presencia (al fin aprendí a no reincidir al menos en un error). (Mentira.)

Mínima figuración. Cuando nombró a Sofía (su ahora nada y antes peor es nada), una lágrima seca rodaba por su rostro.

Su máxima explicitación. Enamorarse de una mujer, dijo, es como escribir un poema: un sueño hermoso y tentador que acaba en cualquier parte; generalmente, en el tacho de basura.

mal de humores

(19-07)

(Mi diagnóstico había sido así. Sofía -su, caprichosa, analista del alma-, Sofía es una bellísima adolescente histérica que trata de ser una psicoanalista madura. Una histérica profesional. De ahí su dudoso poder y tu segura condena. Yo experimentado en carne propia de cañón arrojando la primera piedra. ¿Yo inocente?)

el pasado está tal vez presente

No en esa época de la que uno no consigue acordarse, le dije; tendría que ser a los quince, o a los veinticinco: la madre da la teta en el momento equivocado. (¿Por qué no a los treinta y dos y para siempre?)

20-07

Más caprichos etimológicos. Halitosis: santidad mundana, acción y efecto de portar un hálito proveniente del ser angélico posible en el mundo, *in mundo*.

El laberinto ha comenzado a cobrar cuerpo.

21-07

Madame (ya que no *ma dame*) la espada, que en nuestro último diálogo se salió de la vaina, no ha vuelto a llamarme desde entonces. Ni yo, por supuesto. El desapego madura involuntario.

Los encuentros con amigos, caigo en la cuenta, han ido espaciándose naturalmente en este año. Llamémoslo: en busca del desapego ganado.

Falso. ¿No te apena un aliguito, aunque no hagas nada para remediarlo? Recuerdo que aquella vez del bar, *Madame*, con su tono y figura de princesa reencarnada fuera de época, me comentaba desde el fulgor flamígero de sus barrocos ojos de amatista (no me gustan las mujeres de ojos claros) el maravilloso retrato que hizo Truman Capote de Marilyn. Cómo no recordarlo. Si yo fuera Truman Capote, le dije fugazmente enternecido, vos serías Marilyn Monroe.

Con Tonio, ya de tanto en tanto y por teléfono, distante. La última vez que nos vimos, andábamos de andanzas peripatéticas, caminata discursiva, cuando de pronto me asaltó una iluminación. Vos sos Mister Magoo, le dije (uno de los dibujos preferidos de mi infancia: rara vez podía mirarlo porque, orden inapelable de mamá, era hora de hacer los deberes). Petiso, narigón, pelado (prematureo), corto de vista: camina por el mundo con los ojos entrecerrados, sin ver (hacia adentro, en cambio, la biblioteca de Babel, admirable). Y los obstáculos se abren a su paso como por arte de Mag-ia. No le complugo mayormente mi discapacidad analógica, y de más está decir que no insistí ni abundé ni volví a aludir al caso. Creo que hay una disidencia básica entre nuestros sinsentidos del humor. ¿Resentido?

25-07-93

Evangelio apócrifo. Lo que dijo en la cruz el nazareno: madre, por qué me has abandonado. Aunque ella estuviese al pie de la cruz: no lo tenía en su regazo.

26-07

Suponga que usted tiene como amante a una muchacha casada, y que ante usted ella no hace quedar precisamente bien a su marido, lo cual no sería nada extraño, pero sucede que hace lo mismo delante de otros, según a usted le ha tocado comprobar. Luego, la muchacha se divorcia. ¿Y qué perspectiva se le abre a usted? Pues la de ocupar el lugar de su marido de ella. ¿Qué haría usted en ese caso? Le cuento lo que hice yo: huir despavorido. Ahora, preguntará usted con justicia, ¿y si esa

muchacha le conmovía hasta la médula? El desapego, la ataraxia, la apatía tiene cara de misógino (una lectura fácil).

la pendiente de julio

Etimología del caprichoso Mann (llamarse así, hombre), argumento nada más ni nada menos que para *Doctor Faustus: femina* (nuestra hembra) viene de *fides* y *minus*, fe menor.

Margaritas a los Faustos

Simposio de *happy hour* (la hora de la angustia, al decir de don Héctor) con Guillo, *Monsieur Guillotin* en la ocasión, salida de su banco y abandono de mis planos hoy más planos que nunca. Mi *work in progress*, el laberinto librario, mi plano que cobra dimensiones, desata las lenguas.

Él. Sobre algunos compañeros de trabajo. Los impostores que ya no leen pero hacen como si, se niegan a reconocerlo. Hasta dan justificación intelectual de por qué miran tal y tal y tal programa de televisión.

Yo. Televisión por cable, paradigma de nuestro mundo tantálico, tanto para ver que se termina no viendo nada. Peor que Tántalo: es tanto lo que sí está a su alcance que termina no viendo nada. Lectura, actividad del tiempo libre, libre de otros trabajos, de lo que se entiende por trabajo entre nosotros, es decir lo que se hace a cambio de dinero. Hace cien años, para la ocupación de ese tiempo no existía la competencia de la radio y la televisión. Obviemos la radio, porque es un ruido omnipresente, no algo que uno se sienta a hacer en exclusividad en su tiempo libre. No hablo de añorar una edad de oro (esa típica nostalgia de todo tiempo pasado fue mujer, digo mejor). Ni mucho menos arrancarse los pelos entre lágrimas porque la gente lee poco (léase: mis libros) o atribuir la culpa a los colegas literatos por “haberse apartado de la gente”, como si cuando ellos gesticularan acercamiento les prestasen atención.

Él. No, es una nueva realidad, algo que habrá que pensar. Una especie como de censura que opera por disolución en el enorme todo con sabor a nada.

Yo. Tantalismo. El tiempo libre de la gente visto como un campo de negocios. Esa idea de que el hombre debe tener cada vez más tiempo libre (hasta ahí, poco que decir) para consumir innumerables bienes del ocio. De la esclavitud del negocio a la del ocio. Formas de vestir la angustia.

Él. El libro también como negocio puro y simple. (Parafraseó la definición legal de cheque, algo así como: el libro es una orden de pago pura y simple, etcétera, no consigo recordarlo bien.)

Yo. Para los griegos también había una parte de negocio: un tipo dictaba una obra a veinte esclavos escribas (esto me recuerda lo que me dijo una vez un infradotado, pretendido literato y pretendido de izquierdas, cuando yo intentaba argumentar la importancia de los griegos para quien se propusiese el camino letrado: los griegos pudieron hacer todo eso porque existía la esclavitud y ellos tenían tiempo libre para hacer lo que quisieran; por lo tanto no habría que leerlos; sin palabras) y después el tipo aquél del que estaba hablando, el dictador, vendía sus rollos de papiro, era un modo de circulación de las obras. Es decir, existían las obras y la necesidad de su circulación; ahora sólo existe la circulación; ni siquiera la necesidad, excepto bajo su aspecto económico.

Él. La mercancía que conviene producir en gran escala para abaratar costos, vender rápido para no mantener capital inmovilizado.

Yo. Caray, sos todo un economista. Me cuesta encajar eso con tu casi imposibilidad matemática.

Él. Es que yo soy ese impostor del que te hablaba.

Yo. Más allá de la broma, esa palabra me recuerda una frase de Gombrich: El artista dialoga con su obra, el impostor dialoga con el público. ¿Y sabés lo que me dijo un literato cuando le cité, algo

insidiosamente, debo reconocerlo, esa frase en cierta situación? Sí, me dijo después de meditarlo un par de segundos, pero fijáte Warhol. ¡Warhol, el impostor por excelencia!

Él. Sí, pero un impostor auténtico; el tipo entendió para dónde iba el mundo.

Yo. En eso tenés razón.

Y basta. Tanta cháchara, y encima escribirla. *Je suis fatigué.*

tu agosto mes

Me cago en este mundo. Por qué tiene uno que acordarse de alguien y al día siguiente cruzárselo por la calle. Por qué esa crueldad. Habría que prohibir las coincidencias. Habría que prohibir esos llamados secretos, llamados que secretan. Lo que me mata no es su cuerpo presente sino el recuerdo anamnésico de lo que fue. Miento. Miento asquerosamente. ¿Por qué tuvo que cruzarse otra vez en mi senda, senda oscura pero a paso decidido? No eran para vos mis sonetos informes, informes de mis cavilaciones. Cuando anoche me dije que no iba a escribir más, me lo dije en serio. ¿Y ahora qué? ¿Qué es esto? ¿Un retrato del perpetuo adolescente? ¿*Monsieur Teste*, la historia de una pura cabeza? ¿Novela sonetística no sólo sin sonetos? Resumen argumental: un imbécil con ínfulas se masturba por escrito. Mucho peor: una historia de desamor propio que de pronto se descubre sin des- y sin propio. Horror. Sí, todo esto da asco. Escribir para no estar sentado mirando el teléfono. Para qué hacer un llamado si lo horrible es soñarlo.

21-09, 22.30

Soy un pedazo de miedo.

23.20

Werther empezó en primavera. *Scheisse!*

23.45

El que un caso pese más que los restantes jamás abolirá la inducción.

Will, de buena voluntad, me cita telefónico (hay que llamar, hay que llamar, pero no a ella) un Arreola para la ocasión:

“Cuento de horror”: La mujer que amé se ha convertido en fantasma. Yo soy el lugar de las apariciones.

Tentación de transformarlo en apóstrofe, de volverlo más íntimo y directo (el llamado a evitar): *Desde nuestra separación te has convertido en fantasma.* Etcétera. Cuento de error.

Historia de un error. Ni si fuera Nietzsche podría articular esta historia de dualismo insoluble. Una épica sangrienta donde el aspirante a héroe se retira en agonía cobarde, aspirando a soledad. ¿Usted es la culpable? ¿Y por qué no hay recuerdo de la emoción sino emoción, una orden de pago pura y simple? ¿Y por qué tenés que aparecer cuando yo soñaba en un sueño, en una Venus tocable, tangible, en Florencia, un significante a llenar de significados porque no fue allí, por ejemplo, no fue allí donde hicimos el amor desnudos bajo la lluvia sino en este patio que tengo delante de mis ojos? ¿Y por qué voy a irme a Florencia, a la cuna, la cuna de mi viejo, el 24 de diciembre y no me fui hace dos días, antes de que una película infame volviera a emocionarme de vos, antes que a vos, o a mi destino que tomaba tu nombre de prestado, se le ocurriera aparecérseme cuando todavía yo era carne

de emoción? ¿Y qué, llamarte y volver a escribir este mismo libro dentro de unos meses o unos años? ¿Y qué, soñar que estaba equivocado cuando huí, y antes de huir, y que la historia de este error se soluciona? Yo no quiero solución, ¿entendés?, no creo en el error. Quiero irme, y me voy. Este es mi libro. No voy a dejarte entrar una vez más. Porque no habría más libro. Decíme, Kate, decíme, amiga americana, decíme que no hay nada más conmovedor que un misógino enamorado. Porque, ¿sabés qué?, ella no es individua, es el género, el cuento de terror, y yo soy el de terror, sin cuentos. No. Esa película ya la vi. No quiero otra vez. No quiero pagar la entrada. Ulises, mandáme a tus compañeros para que me aten al mástil y me lleven a Florencia. Qué Sonia ni ocho cuartos. Ni un cuarto para estar con ella. Atáme el teléfono, Ulises, porque se parece demasiado a las sirenas. Vos sabés de esto. ¿No te contaron cómo Penélope volvía locos a los tipos mientras vos no estabas? Tomáte el buque, que Itaca no es nada, lo que importa es el viaje. Vamos a Venus, ahora existen los aviones, y las cápsulas espaciales. Eso, una cápsula. ¿Por qué no me gustará la ciencia ficción? Yo, una ficción sin nada de ciencia.

22-09, 00.33